

El Museo

Isabel Luque Ceballos



Sabemos que un museo es mucho más que un contenedor para la exhibición de colecciones. Es un sistema complejo, vivo y dinámico, abierto a la sociedad para la divulgación de la cultura, así como para la investigación, protección, conservación y defensa del patrimonio. Pero un museo también es la vida de los trabajadores de las más diversas profesiones que conforman su plantilla (director, restauradores, conservadores, personal de investigación, becarios, analistas, administradores, conserjes, personal de seguridad...), marcado por la memoria del edificio y la ciudad donde habita, el entramado social que lo envuelve y lo dota de identidad... y mucho más. El fragmento seleccionado para esta ocasión forma parte de un relato que refleja la profundidad de significados que sobrepasan los límites de cualquier definición de museo.

-Ya viene, ya lo traen...

-¿Quién viene? -pregunta con una sonrisa desdibujada en el rostro Pepa, la conserje. Entrada ya en los cuarenta, de mirada redonda, pelo corto y negro, demasiado corto para un rostro también circular, espera la respuesta como podía esperar el fin del milenio o el resultado de un partido de fútbol radiado.

-Es Mena, el escultor -esta vez es Carlitos, el fotógrafo, que ha seguido de cerca la operación, como siempre, moviéndose de

un lado a otro, como un animalito enjaulado de mirada huidiza y aspecto resbaladizo, una nutria de ciudad-. Viene por la calle de los Caballeros.

-Pero -entre risas, no puede dejar de reír- ¿Mena no murió hace trescientos años o es el nuevo arquitecto que también se llama Mena? -Se le escapa entre la garganta y la risa a Javier, uno de los guardias de sala. Su aspecto es como su risa, grande, bondadoso, saludable, sólo su uniforme delata algo de seriedad.

-Qué pesados sois, están restaurando el convento donde estaba enterrado el Maestro, y mientras terminan la iglesia, las monjitas nos lo han cedido en préstamo -vuelve a explicar Carlitos.

-Qué depósito más macabro, es la primera vez que nos entregan los restos de un escultor como si fuera una obra más -contesta a su vez Javier con una risa contenida entre dientes.

Efectivamente, Pedro de Mena y compañía, si es que la tenía, se mecía desequilibradamente en una cajita de plomo, una caja irregular que, sobre unas parihuelas improvisadas, estaba siendo transportada por cuatro albañiles que trabajaban en la restauración del convento, cuatro hombres de trono, que más que bailarla a ritmo de saeta, casi la dejan caer sin ritmo alguno.

Era una caja gris en un día soleado, radiante, la brisa del mar se mezclaba entre los árboles y entraba en la calle de los Caballeros, y con ella la comitiva, encabezada por Marta, la restauradora del museo, una chica delgada, morena y de aspecto frágil que hacía los honores de cruz de guía, seguida de los obreros que llevaban con respeto, y no sin cierto resquemor, a Pedro de Mena.

Doblada la esquina, la procesión dejaba atrás la catedral y se encaminaba hacia la casa palacio del siglo XVI, el museo, que mira desafiante desde su torre defensiva a una ciudad inexistente, a aquella ciudad perdida en un tiempo de conquistas y reconquistas, de la que sólo permanecen sus testimonios.

A veces, el tiempo juega y engaña. Si la antigua mezquita había sido sustituida por la catedral, la actual se había instalado en una de las casas de la misma calle

del museo. Y si durante años musulmanes convertidos falsa o realmente al cristianismo poblaron el palacio para construirlo, embellecerlo y habitarlo, todavía hoy salen de sus habitaciones tres niños desbocados, acompañados de una mujer, con sus negros cabellos cubiertos, camino de la mezquita. En la actualidad, la familia del portero, hombre convertido fervientemente al Islam, que contrajo matrimonio recientemente con una chica de Marruecos, por afición y dedicación a la fe verdadera, vive en los bajos del museo gratuitamente a cambio de guardar el edificio.

Este padre de familia, serio, barbudo y moreno hasta el blanco de los ojos, que tomó por nombre musulmán el de Omar, había nacido entre los muros del palacio porque sus padres, abuelos, bisabuelos... habían sido a su vez tradicionalmente quienes habían guardado y custodiado el palacio desde hacía generaciones, cambiando de uso y de dueños, incluso de religión, pero heredando la profesión y el hogar.

Parecía que todo siguiera igual, aunque todo había cambiado.

Pedro de Mena, más cercano en edad a las piedras del palacio que a sus actuales señores, seguía avanzando por el empedrado de la calle, y ya a la puerta del museo, todo el personal lo esperaba para el recibimiento: el director y su secretaria, el administrador, las señoras de la limpieza y la conservadora, el fotógrafo, los guardias de sala y la conserje, los niños y la esposa del portero, esta última observaba la escena desde su ventana calada en madera. Un grupo heterogéneo que miraba divertido el espectáculo.

Aunque la caja gris no pesaba demasiado, era complicado levantarla con las parihuelas para subir los escalones, así que los menos escrupulosos ayudaron, no sin cierta inquietud y con algún calambre nervioso

que les recorrió el cuerpo hasta los dedos de los pies.

Casi tres siglos más tarde, del famoso escultor, algunas de cuyas imágenes se custodiaban en el museo, no quedaba sino un polvo ceniciento y una inscripción, rayada en la tapa de la caja, que podía ser la fecha del traslado de sus restos al recipiente de plomo.

Casi trescientos años después, de la vieja caja, que tenía un pequeño orificio en uno de sus costados, se había ido deslizando un fino hilo plateado, fosforescente, dejando un rastro de purpurina hasta llegar al museo, sin que nadie se diera cuenta.

Una vez en el patio, la urna plomiza se llevó hasta el almacén, realizándose el depósito con toda su legalidad.

El rastro plateado había seguido deshilvanándose a través del museo, hasta llegar a su destino, donde ocupó el espacio prometido a las monjas, el almacén de la planta baja, junto a un grupo de sillas del s. XVIII, un juego de armadura medieval y varios arcones de época.

El personal siguió el acontecimiento con morbosa curiosidad, con cierto nerviosismo y algo de reparo, por lo que significaba ampliar el contenido de los almacenes del museo con los restos de los propios artistas.

Durante un rato, todos, con mayor o menor susceptibilidad, quisieron tocar aquel recipiente simbólico, sin saber muy bien por qué. La caja transmitía un calor cercano, casi orgánico, poroso, transparente y humano, que dejaba una sensación de bienestar. Esta percepción fue la suma de los comentarios posteriores, la imagen global que se formó en las mentes de los asistentes a posteriori,

como la reconstrucción de una narración en la memoria, en resumen, ¿una invención colectiva?

También a posteriori, fue el descubrimiento del delgado reguero de polvo gris que, a pesar de su escasez, rociaba el edificio con un hilo brillante.

Aunque no se le dio importancia aparentemente, porque nadie quería parecer supersticioso ni irracional, no dejó de sembrar sus dudas y fue aún peor la decisión sobre quién debía barrer los restos espolvoreados del maestro escultor.

Finalmente, Lola, una de las limpiadoras, se sobrepuso a un miedo indefinido, sobre todo porque estaba convencida de que el museo, como todas las casas antiguas, albergaba almas perdidas y ésta era un trozo desparramado de la del escultor.

Lola pensaba que un edificio tan viejo, que había sido palacio, hospital, corral de vecinos, carpintería... y ahora museo, tenía que guardar, igual que guardaba objetos antiguos, espíritus antiguos, escondidos en las miradas de los cuadros, en los ojos de aquellos retratos decimonónicos, entre las enormes figuras de los cuadros de la Academia de Roma, aquellas obras históricas o costumbristas de desmesuradas dimensiones que se metían en las pupilas de los visitantes y no a la inversa. Allí se alojaban, seguro, sentimientos, emociones olvidadas, preocupaciones de otros hombres y mujeres, a los que ahora se sumaba esta ristra de polvo desconocido.

LUQUE CEBALLOS, Isabel. *Historias*. sl: sn, 2011, pp. 69-74

La reproducción de este fragmento del libro de relatos *Historias* ha sido posible gracias a la autorización de la autora.